

## U N O

### En el nombre del padre

Mientras las parejas, despreocupadas, danzaban a su alrededor en el gran *Salón de los espejos*, él se empeñó en sepultar con la mirada cada sector, cada rincón de aquel salón alargado, rectangular, desmesurado, de techos inalcanzables coronados con ángeles que remedan las mismísimas alturas de los rezos, de dos lejanas cúpulas ornamentadas con jactancia en su cielo y una araña de dimensiones épicas entre ellas, que para aquella ocasión como para todas las ocasiones solemnes, cobijaba a la orquesta, elevándola y descendiénola según el pedido del respetable y los necesarios efectos de sonido de los mejores vientos, cuerdas y percusiones del país. Trabajos en mármol de allende el mar y pan de oro cuzqueño para cada columna, innumerables, pomposas, presumían frente a los enormes ventanales intercalados con espejos sin par, prestándole su prestigio al nombre del recinto de fantasía, relumbrando complacidos con la presencia de las castas más añejas de la ciudad; pero también con su presencia, quien no desaprovechó la oportunidad de concluir su delirante búsqueda. En cada rostro intentó ubicar al esquivo que el impensado albur de aquella mañana le prometía. Los biselados cristales le devolvían frenéticos, multiplicados, los gestos de cada amigo y conocido. Como si no lo hubiera hecho tantas veces, acechó en cada uno esperando dar con aquella revelación siempre velada a sus ojos; pero no estaba en otros la respuesta. ¿Cómo buscarlo así? Él no buscaba un rostro, buscaba

a un hombre: Verbo y acción. A su alrededor, la danza fue aletargando su ritmo, las parejas deteniéndose, complacidas y exhaustas, perladas por el sudor, exhalando un sopor que fue empañando y relegando de su utilidad a los inmensos espejos del salón. Observó en derredor a toda la gente sentada, mientras él, el agasajado, de pie, en el centro, y sin interés de ser tomado en cuenta, retomaba su acecho. Nuevamente contempló los reflejos, atendiendo a las miradas imprecisas tras el vapor que ascendía a los altos del recinto, lento y brumoso. Aire caliente para las ventanas de viento mar, de viento hedor. Aire de Lima. Con la vista fija al frente y con la de él, la de todos los invitados, se amparó en aquellos que, en su silencio, le mostraran al hombre que tanto había esperado. Ya sin negarse a aceptar lo que hacía tiempo intuía, posó su mano debajo de su saco, sobre el bolsillo derecho de su chaleco sintió el arma fría, el temor gélido; ahora convencido de que el momento de terminar ya había llegado, pues sabía como buen diablo y perseverante viejo que las sentencias de la parca no van más allá de un cómo y un por qué, ya que para morir, cada cual decide cuándo quiere hacerlo o mejor, cuándo conviene. Descubriéndolo, un imponente espejo le devolvió la imagen que necesitaba. Miró a derecha e izquierda por inútil complacencia y el mutismo de los cristales se confabularon con su certeza. Fue sacando el arma con un terror que, a pesar de la resolución y el compromiso tan antiguos, no sentía hacía tanto, tal vez varios años o tal vez décadas o quién sabe si siglos, ya qué importa, en aquella predestinada tarde de sábado, en lo que hoy llaman Cajamarca.

Olor de ají quemado envolvía el ambiente.

Eran casi cuarenta mil entre hombres, mujeres y niños; aunque eso no fue lo que vimos. El atalaya fue acercándose a la cifra con la anuencia que le brindaba su posición: Diez mil, veinte mil, treinta mil, cuarenta, cuarenta mil, gritó. Pedro de Candia, acallándolo, más incrédulo que asustado, sentenció: Son cuarenta mil salvajes y todos vienen hacia acá. Y nosotros, griego embustero, no más de ciento setenta.

El Capitán General decidió nuestras ubicaciones la noche anterior. Organizados y dispuestos con paridad, ocupamos las diez salidas repartidas a lo largo del perímetro de la amurallada plaza, dejando sin resguardo el gran pórtico del lado sur, levantado en cumplimiento de impostergables oráculos, en dirección a los Baños. Él, con la mitad de la caballería, otro tanto de infantería y los lenguas, ocuparon los tres galpones al este; destinando el torreón para el atalaya, el corneta, Pedro de Candia y su exigua mano de arcabuceros.

Al otro extremo del gran pórtico, al norte, rodeado por cinco hombres de infantería y en compañía de Ginés de Carranza y Juan Mogrovejo, hombres de a caballo como yo, escuchamos al atalaya. Ante la imposible cifra, un enclenque de a pie inquirió por el cómo que siempre evitamos: ¿Cómo es posible que sean tantos?, pensó seguro, desde todas sus dudas. ¿Cómo pudimos atrevernos a llegar hasta aquí siendo tan pocos?, rumiaría otro sin resquebrajar el aplomo. ¿Cómo es posible un vigía así de temeroso?, habría querido averiguar nuestro Capitán, pasmado otra vez. ¿Cómo haremos para conservar la vida?, especulé sin conciliar una respuesta. Y siendo posible lo improbable, la única cuestión primordial se resumía en una pregunta: ¿Qué tanto habríamos de intentar hasta vencerlos?

Cinco días atrás, cuando tomábamos descanso en la ribera de aquel río cuyo nombre me es imposible pronunciar, y llegaron hasta nosotros unos heraldos con tres docenas de descuartizados patos asados, el Capitán General comentó que eran claras muestras de cordialidad y acogida. Desde el fondo del grupo, algún anónimo gritó sin disimulo su verdad: Así prefieren nuestros cuerpos, señor. No esperemos señales más claras, remató una voz profunda ante el supremo barullo del desconcierto, severa al compartir sus presagios. Como nunca, un argumento sombrío lograría postergar la esperanza.

¿Cómo?, inquirió el infante. No hay forma, respondió cada uno a sus preguntas.

Alejándose de su galpón, el capitán Pizarro se encaminó hacia el centro de la plaza; podría decirse que con pausa, yo diría

con cautela, midiendo sus pasos como si así asegurase medir sus palabras, haciéndose esperar a fin de aprovechar en frases nuestra ansiedad e inquietud. Al acto ordenó que nos acerquemos y, sin demora, nos dirigimos hacia él, mientras yo le repetía a Ramiro de Chaves que no había forma.

Hicimos un círculo a su alrededor. El Capitán giró sobre sí mismo mientras hurgaba en nuestras miradas sin pronunciar palabra; tal vez recordaba los frustrados dos anteriores viajes o tomaba conciencia de los años que seguían agolpándosele desde el cuerpo hasta el espíritu, acaso ocupaba sus reflexiones la matanza de la cual nos salvamos ante un centenar de salvajes hace un par de semanas, quizá reconsideraba su opinión sobre la ofrenda de patos asados que evidentemente debimos entender como mal agüero o la asquerosa verruga que todavía delataba sus estragos, de seguro recordaba su tan mentada Isla de la Magdalena y los trece suicidas, casi la mitad de ellos muertos por cruzar su línea, pródiga en fortunas inexistentes; pero más seguro aún, reconstruía con profundo pesar la escena precisa en la cual decenas de hombres renunciaron cuando más los necesitaba ante supuestos peligros que eran poca cosa ante lo venidero. Se van al Perú, proclamaban los desertores en burla, muy cómodos en Tierra Firme. La Armada del Levante, nos convencía él. El hoy mutilado Juan de la Torre, saltándose su amistad, en San Miguel de Tangarará lo motejó de carnicero. Soy el Capitán General, nos restregaba a diario su honorario título él. Pero, Capitán sin ejercito, ¿qué hacer contra cuarenta mil? Nada más, ni nada menos.

—¡Cuarenta mil salvajes, ni más, ni menos! —gritó destemplado el atalaya.

Francisco Pizarro miró con furia al deslenguado, tomó aire, y con los ojos fijos en fray Vicente, nos habló: Fe, la verdad, no necesitamos más. Y no cabía duda, mi Capitán; pues de poco valdrían nuestros escasos arcabuces, nuestro par de falconetes, nuestra pólvora mojada. De nada podrían servirnos nuestro medio centenar de caballos, ataviados para el ridículo con campanas y cencerros. De qué sirve nuestra eficiencia bélica, dudosa así de diezmada... Sólo nos queda la fe. La fe, eso es lo importante, agregó para conti-

nuar con la verdad de todos los días, gastada como nuestras prendas. Nada importa que sean cuarenta mil, bien podrían ser diez mil, cinco mil o hasta mil y todo esto seguiría siendo imposible; pero acaso ¿no ha sido desde un principio imposible todo este periplo que viene robándonos los mejores años de nuestras vidas?, ¿no ha sido acaso imposible el viaje, el descubrimiento del almirante Colón?, ¿no son acaso imposibles estas tierras bajo nuestros pies? Desde tiempos inmemoriales estas tierras no han existido, nunca han debido existir y aquí estamos, los únicos hombres que se han atrevido a probar el error de toda la humanidad que nos ha precedido, dispuestos a nombrar por vez primera a las cosas de este mundo inexistente. ¿No es acaso inadmisibles que la Tierra sea redonda?; pues aquí estamos nosotros, únicos, para dejar finalmente zanjada la bizantina discusión de ignorantes frente a teóricos medrosos, dispuestos a brindar con nuestra entrega y valor el mayor conocimiento que personaje alguno haya intuido. Hombres, mis hermanos, somos parte de un designio, de un plan imposible y lo imposible no es capacidad de lo humano...

—Sí, cuarenta mil —interrumpió con insistencia el atalaya—, no hay duda, en cuatro regimientos; el grupo de avanzada es el más pequeño, un escuadrón a cada lado de la litera principal y uno posterior, inmenso, en la retaguardia. Se acercan a paso marcial, animosos y ordenados. Por mi vida que las armas viajan ocultas bajo sus prendas. Traen armas...

—¡Cállenme a ese perro que su Capitán General está hablando! No estoy diciendo acaso que esto es imposible; pues bien, lo imposible no es capacidad de lo humano, es capacidad de lo divino, y Dios más que nunca estará esta tarde entre los hombres ayudándose mientras nos ayuda, porque somos la extensión de su omnipotente brazo, brazo que hoy pacificará y, de ser necesario, matará con la cruz. No nos importa cuántos sean, a nuestro Señor no le preocupa cuántos demonios se atrevan a atacarle. Actuaremos como estaba decidido, fray Vicente les hará conocer el Requerimiento como es de ley, les señalará a esos salvajes la verdadera fe y el celestial camino, los enterará de que están sobre tierras ajenas y ellos no tienen otra opción que entender; pues nosotros no veni-

mos a robar y menos aún, recuérdense bien, a pedir, venimos a tomar lo que es nuestro. Alejandro Sexto, otrora Santo Padre, entregó estas tierras a sus majestades los Santísimos Reyes Católicos y por intermedio de ellos han llegado a manos de nuestro Emperador y Rey Carlos Quinto, Emperador del mundo; y nosotros estamos aquí en su nombre, preparados a tomar lo que es suyo y así, nuestro, como leales hijos de España y de la Santa Iglesia Católica, en nombre de Dios, que nos quiso en estas tierras para convertir a los salvajes en hombres de fe, liberarlos del demonio que los tiene cogidos. Al pelear aquí, nosotros, un puñado de españoles, peleamos contra el maligno desde el bando de nuestro Señor. Ante todo, somos los soldados de nuestro Creador, quien nunca nos deja solos. No podemos, no vamos a flaquear, ya que es nuestra madre España, la Santa Iglesia Católica y Dios, quienes esperan todo de nosotros. Esta campaña es imposible, de sobra lo sabemos y eso nos reconforta, porque es la más clara señal de la divinidad del alto designio. Por eso hoy desterraremos de este lugar al maligno; es más, hoy no tendremos necesidad de esconder bajo tierra nuestros caballos muertos, puesto que lo imposible se dará: ¡No dejaremos ningún demonio vivo! ¡No quedará ningún salvaje vivo!

Francisco Pizarro, luego de los vótores, las arengas y las palmas que motivaron sus palabras, ordenó a su gente regresar a sus puestos, aunque él prefirió permanecer en el centro de la plaza robándole caricias al Trujillano y a Cancerbero. En cuclillas, ¿quién diría despreocupado?, se entretuvo delineándole el lomo con las yemas de los dedos a uno, rascándole detrás de ambas orejas al otro, jugueteando con mesura, ritualmente. De la veintena de lebreles y dogos que acompañaban en la conquista, sólo con esos dos se permitía tan impropia conducta; ninguna casualidad habría en que fueran aquellos los mejor adiestrados para alimentarse con la carne de indio que, a manera de diversión, les facilitaban sus amos. Semanas atrás, cuando la hueste perulera abandonaba San Miguel, algunos hombres de linaje argumentaron que sería mejor dejarlos de apoyo a los avecindados en la ciudad reciente, tan envueltos en intimidaciones y sobresaltos; pero Pizarro defendió con arrojo de visionario su dictamen: mayor previsión

que la fuerza y ferocidad del conjunto no encontrarían para el momento decisivo que les aguardaba en el futuro. Dando golpes de hombre curtido, los perros meneaban la cabeza a cada manotazo de cariño, mientras impasible, uno de los negros mandingas lo observaba, descontento está que en cuclillas también, cumpliendo con el explícito mandato de no verse nunca más alto que su amo, a la espera de cualquier orden.

Joaquín Medina, sin interés en ver a su Capitán en su efímero entretenimiento, espoleó con excedida fuerza a su reciente caballo para obligarlo a acelerar el trote y dejar atrás no sólo al ruedo, sino también a las escurridizas dudas de Ramiro de Chaves. El animal, reacio al duro trato de un nuevo jinete, corcoveó al sentir el pique. Joaquín Medina, ducho en variadas artes desde su infancia en su natal Andalucía, fue moderando el ritmo del caballo tensando las piernas bien prendidas al lomo, dejando bambolear sin resistencia el resto del cuerpo, si bien, cogido con toditas sus manos a la brida del animal, serenándolo de a pocos. Con el ajeteo, nuevamente olvidó la nefanda cicatriz que envolvía su mano derecha, cicatriz desdeñable en comparación a las otras, un sin número de ellas obtenidas como caras medallas que honraban su cuerpo. Ya con el caballo en calma, encauzó el trote para mejor limpiar la sangre que se escapaba de su herida abierta. ¿Nunca sanaría esa mordedura? En silencio, con la vista extraviada, fue acercándose a su puesto. ¿Quién sabe si pensaba en su lejana tierra, la parentela, el porvenir o algún amor perdido? Lo imposible se dará hoy, nos dice el Capitán; ¿pero cómo? ¿Bajarán los ángeles y los santos a ayudarnos? Perdón, perdón Dios Padre, no fue mi intención, son palabras brotadas del justo temor de un hombre simple. Yo me dejé traer hasta aquí por la codicia, muy tranquilo estaba con mis padres criando los cerdos que nos daban de comer; pero no, el oro de las Indias me dijo Francisco Malaver, enseñoreándose sobre mi fascinación, y sin pensarlo mucho me embarqué. A decir verdad, no me trajo hasta aquí el honor de tomar esta tierra en nombre de nuestra Madre España, ni siquiera vine a pacificarla, quería dejar de ser pobre, acceder a aquello que mi falta de linaje siempre me negará; sin embargo, en estos últi-

mos meses realmente he creído, no sé si aún crea, que podemos evangelizar a estos salvajes pues son dóciles y generosos cuando el demonio no los tiene cogidos; claro que actúan como renegando de tu ley, pero tal vez sea que no la conocen. El oro, la verdad, ya no me interesa tanto, al fin y al cabo sólo alcanzará para algunos pocos; pero sí creo que podemos alejarlos de Satanás. Ojalá cuando fray Vicente los requiera, y es para ese momento que más te necesitaremos, ojalá cuando los llame a la fe, ellos descubran su error. Por eso es preciso que nos entregues la victoria, porque es tu causa y es la nuestra, tu empeño y nuestro encargo; mas si hay que morir, que así sea, la vida siempre distingue el sendero para retornar con gratitud a tus manos. Pese a todo, recuerda en tu infinita justicia que nos enfrentaremos al maligno sin importar el espanto y alarma de nuestra razón, pues somos tus cruzados, dispuestos, créeme que dispuestos, a acabar con el demonio.

Olor de ají quemado se posa sobre la tierra, sobre las rocas, las prendas metálicas y de tela, sobre la piel. Se confunde con el polvo y el calor. Irrita.

El atalaya siguió gritando, trastocando, exagerando. Delante de la litera principal, medio millar de hombres cumplían la obcecada labor de limpiar el sendero que los llevaba a la plaza, echando las pequeñas piedras fuera del camino, expulsando la maleza, alejando la paja que a nadie estorba. Medio millar de sirvientes seguidos por danzantes y música para festiva compañía del hombre de la litera, abanicado desde su diestra y su siniestra; hombre robusto y de buenas formas, bien aposentado sobre el oro refulgente que recae en los hombros de ochenta de sus ministros, escoltado por mujeres que estiran presurosas las manos para evitar que su esputo toque el suelo, que toman al vuelo el real cabello que el viento se precia en robarle. El Inca, el único hombre que lleva treinta mil vasallos a sus espaldas para aceptar la sumisión de ciento setenta.

Los hombres se reinstalaron en sus puestos, los galpones fueron nuevamente ocupados y las salidas cubiertas, exceptuando el gran pórtico del sur, sin resguardo, para facilitar el paso del destino.

El mandinga sin nombre, ya de pie, por supuesto después que el amo Pizarro, cumplió con atraer a sus incansables engreídos hasta la puerta del galpón central, reducto en donde el Capitán de seguro repasaba su estrategia, pendiente de la plaza despoblada que desde la noche anterior ordenó que cercáramos; decisión que todos rogamos sea la mejor, aunque tal vez sea sólo la apropiada culminación para una serie de decisiones erradas que nos han llevado, en esta tarde sin sol, tarde gris. ¡Tanto he gustado siempre de las tardes grises! Decisiones que nos... que me han llevado a estar sentado sobre un caballo que no me acepta, a esperar una muerte que nunca debí elegir.

Quizá las dudas que nos hostigaban permanecían ocultas al ojo inexperto tras el espíritu que nos impusimos envalentonar; pero bastaba contemplar a Ramiro de Chaves para saber que, a pesar de las arengas y las palmas, existían. Sus gestos contenidos eran la muda búsqueda de respuestas a preguntas que no formularía. Soldado de muchas batallas, el baquiano Ginés de Carranza, amparado en la autoridad que le daban sus sabidas derrotas, optó por acogerlas y se animó a hablarnos: Ramiro, tú, al igual que todos nosotros, escuchaste a nuestro Capitán hoy y ayer, entonces sabes a qué nos enfrentamos, cuantos son y en qué disposición vienen. No voy a repetir lo que él recién nos ha dicho; pero es menester recordar lo que tenemos que hacer cuando esos salvajes ocupen la plaza. Los temores y esas cosas no sirven, los desechan o se los guardan para mejores días. Aunque es urgente reconocer que del batallar de cada uno depende la vida del otro, del compañero y del amigo.

—Eso lo sé, y muy bien.

—No basta con saberlo, cualquier mozalbeta negado para la gloria podría recordarlo. Lo importante es conservarlo muy presente cuando los hechos sacudan nuestras emociones. Tanto ustedes, infantes, como Joaquín, Juan y yo, han recibido muy claras ordenes de nuestro Capitán, órdenes que no sólo servirán para lograr la victoria...

—¿Realmente vuestra merced cree que la lograremos?

—¿Qué estás preguntando?, Joaquín.

—Pregunto si vuestra merced confía en que ganemos.

—¿Recelas del poder de Dios? Cuida tus palabras, Joaquín. Tamaña duda puede incluso exasperar ánimos terrenos. Nuestra victoria depende de nuestra fe, expresó claramente el Capitán General.

—Nuestra victoria depende de la fe. Sí... Yo, Joaquín Medina, mientras más fe tenga, mientras más aumente ésta, más posibilidades tengo de vencer, y sacudidos todos a la vez por el mismo cataclismo, podremos derrotarlos. ¿A eso se refiere?; pues yo no puedo creerlo. No depende de cuánta fe tenemos ni de cuánto podamos creer en ella. Dependemos de la confianza que Dios mantenga en nosotros. El dilema no acaba por enderezarse si nos entregamos con fervor a la esperanza, sino cuando Él acoja con beneplácito cada victoria conseguida, incluso, las tentativas que hemos hundido.

—¿Cómo siquiera te atreves? ¿Cómo puedes pensar y suponer lo que Dios piensa y, además, cuestionar el respaldo de nuestra Santa Iglesia Católica?

—¿Cómo me atrevo? ¿Cómo puedo? Pues muy fácil; porque creo en Él y seguro estoy de que a pesar de todo, Él todavía confía en mí. Como esta aventura es imposible, la única forma de llevarla a buen término consiste en que Dios, Nuestro Padre, se fie de nosotros; pero, ¿hemos actuado siempre bajo el imperio de la devoción para merecernos su confianza? Mi querido Gines, ¿contamos acaso con la altura, la dignidad y la suficiencia necesarias para corresponder a su encargo, para conquistar su tan antiguo empeño?

—Ah, ahora entiendo. ¿No comprendes aún?

—Y tal vez no alcance el momento en que llegue a comprender, a comprenderlos. Yo me gané tan sólo una mordedura; pero esas salvajes, sus niños. ¿Crees que Dios nos ha entregado su confianza? ¿Seguirá creyendo en nosotros?

—¿Sabes cuál es tu dilema? No puedes controlar tu miedo a morir y nada más, el resto es barata palabrería para justificarte.

—Por supuesto que siento miedo; ¿pero es acaso ese forzoso sentir tan devastador que bloquea la razón y desvirtúa las palabras?... Fácil sería pensar que sólo digo disparates. Sencillo aceptar que mi boca emite ruidos sin sentido. Sin embargo, mis dudas son las mismas que tú callas, Gines. Miedo: ¿Quién no lo siente? A vuestra merced le apremia como a cualquiera de nosotros.

—Pero arrastrados por el miedo no nos tiramos a lloriquear ante lo que nos pase; decidimos enfrentarnos, seguros, sin vacilaciones mujeriles, porque Dios nos ha elegido para pacificar esta tierra. Si tú no crees en esto, ¿por qué no vas corriendo a decírselo al capitán Pizarro? Anda, dile que tampoco crees en él, dile que también piensas como su amigo, el traidor Juan de la Torre, que él no es más que un carnicero dirigiéndonos hacia una matanza. ¿Por qué no se lo dijiste mientras nos hablaba? Pues yo te diré el porqué: Prefieres ser devorado, miembro tras miembro por los salvajes, a marchar sobre tus piernas tembleques hacia el Capitán y surrarle alguna insignificante duda sobre lo que él dirige.

—Cuando el Capitán General nos habló, yo tenía tanta incertidumbre como ahora; pero sabes, me decidí a creerle. Las dudas no las elijo; pero ingenuo pensé que podría elegir la convicción, y les confieso que las primeras no me han dejado y la segunda no llega. Yo se las manifiesto ahora a ustedes no para restarles seguridad ni quebrantarles sus convicciones, se las manifiesto porque los considero mis amigos, como a Pedro de Valencia, que está plantado allá, en la entrada siguiente, o el mismo Francisco Malaver, a caballo en el galpón central. No se las revelé a nuestro Capitán porque él siempre será la cabeza de este cuerpo de tropa donde yo sólo soy un órgano de nombre humilde, un prescindible que nunca podrá acceder a su amistad. Un jovenzuelo de campo no está a la altura de un Gobernador, aunque ahora camine y hasta cabalgue a su lado arrastrado por idéntica expectativa o codicia, qué sé yo, aceptando sus órdenes con templanza. Pero a ustedes los considero mis amigos y desnudas les entrego mis dudas con la esperanza de que me libren de ellas; quisiera que las alejen de mí para poder creer, libre de sombras, en este intento. Creo que hemos hecho algo desastroso al aperrear a esos indios, en tomarles sus mu-

jeros, salvajes, claro; pero tomarlas como... abrirles sus niños como si fueran puercos para saber qué tenían dentro. No había necesidad de hacer tales cosas, no era necesario; pero requiero de ustedes para convencerme de que esas eran acciones forzosas e ineludibles si aspiramos a cumplir con una misión elevada, tan alta que se vale de esas simples minucias para llegar a su fin. Acciones todas, por favor convénzanme, insignificantes frente al gran propósito.

—Joaquín, lo que digamos no te logrará convencer. Aquella tarde, algunos exigían que dejásemos que también a ti te devorasen los perros por entrometerse en su festín de indios. Tú querías salvarlos como si fueran amigos, no digo personas, como si tuvieran más valía que nuestros animales. Los atacaste hecho un loco. ¿Era la primera vez que los veías alimentarse?... Por supuesto. Quisiste evitar que disfrutaran de lo que tan arduamente se habían ganado y te diste el infame lujo de patear a dos de ellos para rescatar de sus fauces a esos salvajes que nos habían dado tan dura batalla. Aquella tarde, cuando nosotros y otros más te justificamos ante el Capitán, afirmando que fue un arrebato de confusión tuyo y a la noche, en la intimidad, te explicamos cómo son las cosas y no lo que andas creyendo, es claro que no te convencimos; pues tampoco lograremos convencerte ahora. ¿Sabes qué te convencerá? Que al dar la noche o al llegar el alba o a la mañana siguiente, no interesa lo que tarde, habremos derrotado a esos salvajes y tendrás la indudable muestra, la certeza necesaria para saber que Dios está con nosotros y que, sobre la pólvora y la espada, cada paso lo hacemos en su nombre y cumplimos de la mejor manera posible con lo que Él espera de nosotros.

—Dios quiera que así sea.

—Dios quiere, Joaquín; aunque lo dudes, Dios quiere. Bueno, bueno, amigo, dejemos estas discusiones ociosas, ya tú mismo en poco tiempo lo verás. Como les dije, ahora es urgente recordar y repasar las maniobras que debemos realizar para cuando esos salvajes entren en la plaza. La victoria no nos garantiza estar libres de bajas y éstas hay que reducirlas al máximo, por eso Juan, Joaquín y yo, como dispuso para los de a caballo el Capitán, iremos...

Yo, hacia allá; tú, allí; ustedes, por acá; de esta forma y de la otra. Repitiéndonos aquello que es nuestra vital obligación no olvidar.

Si ganamos, tendré así la contundente prueba que necesito; si perdemos, no será necesaria prueba alguna, no la necesitan los muertos. Perspicaz el buen Ginés.

Esa festiva compañía que escuchase el atalaya, danzantes y música, dijo, ya no es más. Desde aquí se escucha solamente un sonido sordo, monótono, un tuum... tuum de tambores que se acercan. El atalaya a voz en cuello lo confirma sin interés en guardarse nada, como si maltratando su garganta expiase su temor. Hay que comprenderlo, él ve lo que nosotros suponemos, cumple fiel la misión de ser nuestros ojos. Al caminar sobre estos senderos de tierra y piedras mal aparejadas, el sonido que producimos es tan leve, imperceptible, los que llegan tras el gran pórtico del sur deberían dejar escuchar una reunión de sonidos leves, un susurro chato y expandido; pero los salvajes se van acercando y nos lo hacen saber con una cadencia atronadora, acompasados con el incesante tuum... tuum de los tambores que no nos dejan.

El atalaya continúa gritando, no hay forma de escucharlo. Ginés sigue recomendando, no hay para qué escucharlo. Nosotros sabemos lo que viene, Tú también lo sabes, debes estar de nuestro lado. ¿Es cierto que estás de nuestro lado? Venimos en tu nombre a instaurar la religión que es tuya y es nuestra. ¿De qué otro lado podrías estar? Solamente hay dos bandos y no puedes elegir el de ellos, te quedarás con nosotros, estarás con nosotros.

TUUM... TUUM. Berreando como un cerdo perturbado que vacía sus esfuerzos en cada mensaje, el atalaya entrega sus últimas visiones. A mi lado, Ginés de Carranza ensaya el silencio, inmutable y seguro en el desparpajo de sus escasas victorias. El atalaya ahora sin palabras, rendido como negando los sucesos, deja de otear el horizonte para divisar la plaza. Todos nosotros en sordina cercamos la plaza. El atalaya se resiste a mirar a donde debe mirar, nos busca con los ojos exaltados y nosotros al Capitán. TUUM... TUUM... TUUUM. La capa de silencio que nos había cubierto, se aparta, se repliega, dejando oír murmullos, susurros.

Quien tuviera la paciencia de observar a cada hidalgo, mozo o infante, encontraría en cada uno lo mismo, hombres que dejan escapar sibilantes palabras, hombres que rezan, hombres que rezan quedito. El atalaya reanuda su obligación rajando al enajenante rumor con tres palabras que no podían retrasarse en salir: Ya están aquí.

TUUUMMM.....TUUUUUUMMMMM.....

.....  
Olor de ají quemado se apodera de los cuerpos. Se abraza a las pestañas y penetra en los ojos. Ciñe las fosas nasales y taladra ambos orificios, se desliza rastrero por oquedades que el cuerpo no quiere ceder; pero ya está ahí. Olor de ají quemado ingresa al cuerpo. Arde, irrita, incendia.

Un rugido.

Francisco Pizarro dejó atrás el galpón central, se apartó unos metros de su puerta porque, al igual que sus hombres, no pudo resistirse a descuidar con imprudencia su puesto para contemplar, en toda su amplitud, al grande pórtico del lado sur. Tras éste, cuarenta mil gentes se hacen esperar.

El silencio en las afueras de la plaza es sepulcral. No, el silencio del lado nuestro es sepulcral, el que nos llega de ellos aturde, habiendo cesado su monótono compás, ya no nos dejan escuchar ni sus pasos. Desde este extremo de la plaza, el grande pórtico parece cumplir la función de pétreo marco para una pintura como pocas; debería ser un paisaje, en acuerdo con la geografía que nos rodea, debería mostrarnos los cerros a lo lejos, el valle que le precede, el camino interminable que desde aquí se pierda en la lejanía y salpicado de salvajes, por supuesto; un cuadro que plasme el paisaje de esta tierra hasta hace poco inexistente; pero no, sólo se enmarca indios que atiborran de izquierda a derecha y de arriba a abajo todo este lienzo de tonos opacos, bien elegidos para mejor lucimiento del dorado que chispea por toda su extensión; al centro, una placa dorada, oro que destella pulcro a pesar del declinante sol: Es la litera del cacique. De él, poco se puede afirmar casi cubierto como está. Desde esta distancia casi no se distinguen rostros, todos son siluetas; por eso tampoco es tan sencillo arries-

gar en cifras quiénes ni cuántos lo llevan en hombros. Lo rodean cabezas a ambos lados, también arriba, abajo cuerpos enteros; sin embargo, nadie lo mira, al parecer les está prohibido y no hay quien se anime a transgredir el edicto. Sin duda, el cuadro es poco común, de historia inventada para la familia lejana. ¿Cuándo el tiempo logrará un hombre que haga de los cuadros algo cotidiano, que atrape y perpetúe la vida cuando está inmóvil? Sería bello participar de tamaño ingenio, atrapar la vida que hoy se me irá esquivando; para qué negarlo, resignación mis amigos, vienen por nosotros. Seremos ofrenda de voraces dioses o víctimas de salvajes estáticos, tan inmóviles a pesar de su vitalidad insultante, preocupados solamente en respirar. ¿Es qué acaso no piensan entrar?

—¿Qué puedo esperar de soldados que se comportan como hembras! ¿No tienen puestos que guardar? ¿Los han abandonado para chismorrearse algún espectáculo? ¿No saben que hay, deseosas de alimentarse, cuarenta mil bestias allá afuera? No pienso gastar saliva ordenándoles retomar sus posiciones... Humm. Pedro de Aldana, aquí.

Como siempre, con justeza, nuestro Capitán General habló.

Pedro de Aldana se tropezó con más de tres por la premura de ir, a contracorriente, al llamado del mandamás.

—Aquí me tiene, mi Capitán General. Vuestra merced ordene.

—Pedro, tú eres el hombre que necesito para este encargo. Cogérás a uno de los lenguas y con él traspasarás el pórtico hasta donde están los salvajes y dirás al cacique, de parte de tu Capitán General, del Gobernador, que los invito a entrar a la plaza para poder recibirlos como es su justo merecimiento.

—Pero, mi Capit...

—¿Pero? —le interrumpió Pizarro.

—Perdone mi Capitán... no fui yo.

—Anda, coge a uno de los lenguas y vete.

—En el acto mi Capitán.

Pedro de Aldana optó por el menos diestro para acompañar su menguado valor. Felipe, por oportuno bautizo protestaba llamarse. Nosotros lo nombramos Felipillo entre desplantes y bur-

las, nunca confiados de su devoción urgente. Personaje minúsculo, perfecto para deleitar a una corte.

El heraldo cruzó sin premura el gran pórtico, llevando del brazo al lengua, forzado y a rastras. Para cualquier soldado que desde su puesto observara la escena, como Joaquín Medina al otro extremo, no sería sencillo precisar si alguna palabra previa al encuentro cruzan; supondría que sí, circunstancias como éstas descuidan las diferencias. Probable es que el lengua indicase a Pedro de Aldana la manera adecuada de comportarse frente a un soberano, un exceso se paga con la muerte, privilegiado por la situación de seguro sentenciaría; más seguro aún, el heraldo replicaría que no necesita de un indio diciéndole qué hacer. Lo que no deja duda es que Joaquín, como todos, contempla el cuadro, ve a ese disímil par, reunido por obligación, llegar hasta la desmesurada comitiva.

¿Qué pasará ahora?, pregunta Ramiro al viento, siempre impaciente; pero no hay curiosidad que justifique precipitar respuestas. Llegaron ya hasta el primer grupo de salvajes, el que precede al cacique, las dos figuras disparejas, enfrentadas y contrastadas a la distancia. Felipillo, insignificante al lado de Pedro, confiado en ganar importancia, en burlar las jerarquías, se esfuerza en mover con exceso los brazos para expresar su corto recado, mensaje del gobernador Pizarro para tu señor, lo invita a entrar a la plaza, nada más sencillo. ¿Por qué tomarse tanto tiempo? A no ser que esté informando lo que no debe y Pedro no lo advierta. Por supuesto, Pedro, deténlo, interroga qué les dice. Miserable indio, ¿nos estarás vendiendo? Al fin y al cabo, los dos años a nuestro lado no le quitan ser un salvaje cuando formó toda su vida parte de los que tiene al frente, mientras que para nosotros no es más que un forzoso intérprete.

Felipillo, luego de la advertencia de Aldana, no agregó más. Su interlocutor, idéntico a él como a todos los indios, misma forma y tamaño, se dirigió a otro a su espalda y éste a otro y otro, hasta que el mensaje llegó a un principal, quien tras un breve informe a su Soberano, recibió tan solamente un gesto por respuesta. Las decisiones para aquella tarde habían sido ensayadas con antelación y el día resuelto, contrariando cada pronóstico oscuro

de los agoreros. El principal desentrañó la seña como una alfombra alargada que recorrió el camino inverso hasta tocar con su extremo opuesto a Felipillo, quien con nuevos aspavientos ofició de traductor. Pedro de Aldana, sin pronunciar palabra, por nosotros lo escuchó.

—Creo que no les dejarán acercarse al cacique, Joaquín.

—Tienes razón, Ramiro. Sólo hasta allí se nos permite llegar.

Pedro de Aldana cogió nuevamente del brazo al lengua y, dejando una mirada para la litera, se apresuró a enrumbar hacia la plaza con él. Sus pasos se hicieron más lentos, más obligados conforme se acercaba al Capitán, prosiguiendo siempre en silencio, estupefacto ante el mensaje claro, acaso, contundente.

En medio de la plaza, Francisco Pizarro aguardaba estático, sin mudar la frialdad de su rostro ni revelar gestos de pesar o turbación, tan impertérrito como convencido de su rol en la Empresa: La cabeza y, las más de las veces, el padrastro. Sus brazos se alejaron a lados opuestos y a media altura de su cuerpo. Era una orden: Nadie se mueve. Le señaló al lengua el galpón, nunca los quería cerca, y esperó de Pedro la respuesta.

—Al parecer no nos espera nada bueno, Joaquín.

—No hay duda, Ramiro. Me gustaría saber qué tanto le está diciendo al Capitán, pues ni siquiera le permitieron acercarse. En cambio, don Gonzalo aseguró que ayer tuvo al Cacique al frente, que hasta logró intimidarlo con el corcoveo de su caballo. Tal vez Pedro debió llevar uno, tal vez el paso le hubiera sido abierto.

—Quién sabe, Joaquín. Joaquín, yo tampoco confío en que ganemos, piensa en cómo los trataron, mira cuántos son. Nos van a matar.

—Tranquilízate, Ramiro; no prestes oído a lo que dije, te estás olvidando de Dios. Él nos dará la victoria. Realmente quisiera saber lo que Pedro...

—Así que un pequeño gesto resume tanto. Esto no es ningún juego, Pedro, han llegado hasta aquí con resoluciones muy claras, decididos y confiados. Mejor aún, mayor placer nos dará la victoria. A ver, repíteme de nuevo todo lo que esconde la presuntuosa

mueca del indio, quiero tenerla muy presente para cuando lo tengamos bajo cuatro paredes, cautivo y sin destino.

—Pero mi Capitán, ¿de nuevo? ¿No tengo que repetir las palabras con las que se refiere a vuestra merced?

—¿Cómo no? Lo que yo quiero es no olvidar nada, cada palabra será pagada, ya elegiremos el monto.

—Bueno, como le dije, ese salvaje le dijo al lengua que entrarán a la plaza cuando quieran, no necesitan la invitación de *sancasapas*...

—¿Estás aprendiendo pagano?

—No, mi Capitán, sólo estoy repitiendo lo que dijo. *Sancasapas*, barbudos ladrones, así nos llaman. No necesitan nuestra invitación para estar sobre tierras de las que son parte, pues todo lo que podemos ver o tocar es en esencia lo que ellos mismos son, dice; porque el Inca, no es un simple cacique, que lo aprendamos bien, él es el Inca, se dice hijo del Sol, es soberano de esta gente y los suyos son parte de este todo, hasta de lo que hemos tomado; por eso pagaremos los ultrajes a su tierra, la llama madre, a sus mujeres, a sus niños, a sus hermanos. Ordena que reunamos lo robado en el camino, robado, así dice, Capitán, se lo tengamos listo y se lo entreguemos antes de rendirle la pleitesía y obediencia que le corresponde; y el primero debe ser vuestra merced, guía de ladrones, ladrón mayor, quien no sólo regresará lo robado sino que, además, pagará por esas siete mujeres de cerca al mar, por los cinco niños que usó como alimento para sus animales, por las trece mujeres de allende el río, por los hijos sin padres y por sus hombres fieles que han ido muriendo tras nuestros pasos. Vuestra merced también pagará por el hálito de la bestia esa en su cara, que ayer dejó pasar a su hermano. Pagará por haber puesto sus inmundos pies en su madre tierra, profanarla y maltratarla; por las otras mujeres, de las que aún no conoce con seguridad su final; por los otros niños, de los que tampoco conoce su destino; por sus otros vasallos y por las poblaciones devastadas. Pagará por la muerte de su padre, muerto sin que sea su tiempo de las pústulas que le destrozaron el cuerpo, castigo del padre Sol por no prevenir la venida de la arrogante mierda, así dice, Capitán. Luego de devolver con los

suyos todo lo robado, presentará su total sumisión. Eso no lo libraré de la muerte, no nos libraré de la muerte, dice, nada nos libraré de ella; pero esa es su exigencia y sus exigencias, nuestras vidas que pide, deben ser satisfechas sin demora.

—Devolver, sumisión, muerte... Ahora vete a tu puesto, Pedro.

Al seguir con la vista a Pedro de Aldana, Francisco Pizarro cruzó su mirada con las de algunos de sus hombres; impacientes, preocupados, delataban la necesidad de unas palabras de su Capitán General. Observándolos, dibujó una sonrisa en su rostro, improvisando una mueca forzada e inusual; silente, denunciaba a una vez decepción y complacencia. ¿Cómo me hice de hombres débiles?, de seguro pensaba, incapaces de contener su curiosidad, desesperados ante una situación adversa que no sólo era presumible sino que en un curso natural de hechos, no hubiera permitido otra forma de culminar. Pero, además, sus labios dejaban mostrar el gusto de saberse indispensable, necesario para tomar esas tierras hostiles. La mayoría de los hombres son intercambiables y anónimos peones de ajedrez, de eso estaba cada vez más seguro; pero él no, siendo también un hombre eso no le correspondía. ¿Era acaso un elegido?, como de sí creyó el almirante Colón. Tal vez. O era que las circunstancias, el tiempo, los años, las victorias, las derrotas, la muerte de los suyos, a algunos de ellos hasta podría llamar amigos, todas estas circunstancias reunidas, conservadas en su memoria, iban formando al hombre que se necesitaba para cumplir, porque llegar hasta ahí y no cumplir con el cometido era irreparable; cumplir una misión extraordinaria, misión para la cual no es necesario un elegido, un predestinado, sino tan sólo un cualquiera un tanto sagaz y disciplinado capaz de recoger y asimilar las experiencias que él iba teniendo. ¿Era tan sólo un juego del azar? ¿Un hombre que se presentó un día antes que algún Juan Pérez a Pedrarias Dávila y le propuso, le dijo, esta sería la armada del Levante, esto quiero, esto espero, esto te ofrezco y esto exijo? Y éste, por haber tenido una buena mañana, haber logrado una abundante recaudación de monedas o recibido al fin el saludo respetuoso de sus superiores, le respondió, bien Francisco, tienes mi apoyo, y así, con los suyos, sin saber muy bien a dónde ni a qué se

enfrentaba, se embarcó, y hoy, después de tantos años, viene a creer que es un elegido siendo tal vez chanza del azar, del destino, lo que sin dudas llama Dios; pero si es un juego de Dios, ¿es un elegido?, ¿a él lo elegiría?, o es él como bien pudo ser cualquier otro por una confusión de nombres, de ciudad de natalicio o genealogía, y estaría aquí ese Juan Pérez que un día después se presentó a Pedrarías Dávila para escuchar un llegó tarde, búsquese otro lugar que descubrir y si puede, que conquistar. En este mundo que hoy nos vienen a enseñar que es redondo, aún quedan tantos; pero se acabarán, no pierda tiempo, elija la ruta, derecha izquierda, norte sur, arriba o abajo, decida adonde ir, la vida no se hace en un solo sitio, como dice y practica el tal Pizarro de ayer. ¿Sabe algo de él? Hace poco lo conocí y decidí apostar por su nombre; pero ¿lo logrará? ¿Alguien recordará sus empeños mañana?... ¿Quién era él? ¿Un elegido, una casualidad? ¿Quién es Pizarro? ¿Quién soy?: Pues el Capitán General, el Gobernador, el único insustituible. En el acto, hizo nuevamente la señal de un rato atrás. Nadie se mueve, entendieron todos. Se dirigió al centro del ruedo y, desde ahí, con la voz en su tono más elevado, les habló: Sé que están ansiosos por saber lo que ese salvaje quiere de nosotros, ansiosos por saber lo que su Capitán General piensa de todo esto; pues bien, les cuento que esos salvajes están confundidos al creer que los dominios de nuestro emperador Carlos Quinto les pertenecen, al asegurar que hemos robado cuando hemos tomado, desquiciados y confundidos hasta el punto de decir que hemos maltratado y ultrajado la tierra. ¿Cómo hacer eso sobre el inerte suelo que se pisa? Confundidos, pues no saben que nuestra misión de pacificar se hace con la cruz y también con la espada, confundido el hijo... del Sol, pues exige nuestras vidas, estando ya consagradas al Señor. ¿Quién si no el demonio puede pretender tomar lo ofrecido a Dios, contradecirle y retarle? El demonio, hombres míos, está tras el pórtico y es a ese demontre a quien fray Vicente requerirá; pero no hará caso, no aceptará razones. No se sorprendan de su reacción, el diablo no acepta las cosas de nuestro Señor; así que sépanlo desde ahora, lucharemos; pero no persistiremos solos, sino con Dios al frente. Se nos plantea vencer o morir. ¿Qué haremos? Pues

es sencillo, lo único que nos permitirá vivir: Vencer. ¿Quién más despoja y siempre derrota al maligno? Llevados de la mano del Creador, hoy restituiremos el orden quebrado de esta región que nuestro emperador Carlos Quinto tuvo la entereza de tomar bajo su protección, pues hoy aprenderán estos confundidos salvajes; pero qué más puede esperarse de bestias, hoy aprenderán que éstas son tierras de la madre España y, también, tierra de sus hijos.

El capitán Pizarro se encaminó al galpón central sin agregar más, mientras nosotros, cubiertos por el crepúsculo que anunciaba la noche, toleramos esperar.

Olor de ají quemado. Olor de rugidos sin dueño que se acercan dispersos desde el sudeste.

Arde el cielo, inicia su incendio.

Quien tuviera vez alguna el interés de relatar lo que en estos momentos nos ocurre, no tendría necesidad de extenderse, hablar de terror simplificaría tanto, terror por el silencio perpetuamente roto que parece esperar la noche, terror ante el susurro chato de los tambores que no tardan en recordarnos qué vendrá del otro lado, terror al contemplar el ingreso de los indios danzantes, los primeros gozosos, los siguientes serviles, uno a uno, cruzando el gran umbral.

—Capitán —gritó el atalaya—, están entrando.

Desde mi posición, lo primero que distinguí con claridad fue a una gran comparsa, quinientos, tal vez mil, de coloridos danzantes, de amarillo, gris, rojo y verde decoradas sus prendas, dando saltos y brincos; tras ellos, un grupo menor, apurados cuales hormigas, diligentes limpiando el camino. Del primer grupo podríamos decir que predominan los jóvenes, del segundo no, mujeres, ancianos, algunos niños, también adultos de cuerpos impropios, labor de seres menores; a la zaga, oro, oro sobre ochenta o cien hombres, luego oro sobre oro, y sobre el oro una inmensa silla labrada en metales opacos y acuñada con pedrería bermeja, imponiendo una figura de rostro pintarrajeado con algo que ni dudar es sangre. La tarde, que todavía resiste a irse, permite notar que es una gran litera, la principal entre otras dos de opulencia más discreta, todas delirantes. Un desesperado movimiento de

mujeres circunda las tres andas; presurosas van de aquí para allá tomando lo imperceptible del viento, estirando sus manos en posición de pedir, aunque al parecer nada reciben; algunas atolondradas tienden los brazos sobre el suelo y otras no paran de dar palmas al aire, cabezas gachas, serviles. Más atrás aparece ordenada una incontable ¿serán cinco mil o seis mil?, incontable tropa uniformada con chaquetas grises de toquecillos refulgentes como espejuelos, marchando sobre la tierra y las piedras con la serenidad del regocijo, ataviados para una ceremonia, sin armas bajo el brazo ni rencor tras la mirada. De a pocos se van separando de la muchedumbre, mar del horizonte, que aguardará un desenlace al otro lado de la gran puerta. ¿No estarás, Dios Padre, barajando cifras de salvajes para el encuentro? Imposible saber cuántos quedan fuera, aunque el atalaya ya lo había dicho, a espaldas de las literas se movilizan treinta mil, treinta mil del otro lado mis amigos, aguardando en el extremo sur.

—No hay más que esperar. Ya lo saben, primero el Requerimiento de fray Valverde; si lo acogen, nos permitiremos por fin un respiro, si no, atacamos bajo el grito de «Santiago».

—De acuerdo, Ginés. Pero después del «Santiago» ¿qué?, preparamos la bienvenida a la muerte.

—Por Dios, Joaquín, abandona esas necedades.

—Lo siento... No volverá a pasar.

—Por supuesto que no vuelve a pasar, yo mismo te atravieso la garganta con la espada si te empeñas en continuar...

—¿Me estás amenazando?, Gines.

—Te estoy advirtiendo, mi amigo. No es momento para impertinencias.

Fray Vicente se asomó a la puerta del galpón central, dejando atrás, unos pasos tan sólo, a Francisco Pizarro y la columna principal de la infantería. La señal de la cruz martilló primero su frente, luego su pecho, interrumpida quedó por un grosero empujón que sacudió su espalda. Adelante, padre, ordenó su Capitán.

Casi repleta, la plaza dejó de recibirlos. Los ochenta hombres, repartidos entre las diez salidas que la circundaban, soportaron la llegada de mujeres y niños, ancianos y adultos, varones a la

usanza militar y varones de usanza labriega hasta ellos. Consumió un gran esfuerzo no conceder metros, evitar los pasos atrás y cruzar hacia fuera los pórticos que les era necesario resguardar; afortunadamente la sola presencia de los caballos contuvo, cuando algunos no se atrevieron, la presión que el interior del reducto quiso copar. Más de siete mil vasallos ocuparon todos los rincones de la amurallada plaza, muchos se posaron cerca de las puertas de los galpones, otros tantos a los pies de la torre que regentaba Pedro de Candía, bajo el cañón, los arcabuces y los falconetes; mas treinta mil quedaron fuera, sin esparcirse, desordenados en el lado sur; mientras que muy adentrada al norte de la plaza, formando un triángulo regular con las otras dos literas, la del señor de Chíncha y el de Andamarca, posicionó la suya el Inca, descontento está su desinterés de erguirse en pie. El Inca, quien no tiene por qué aprender a tocar con sus pies el suelo, acercado siempre por los suyos a su padre el Sol.

Los vimos llegar de a montones soltando frases extrañas e ininteligibles. Ginés de Carranza desde antes ya nos tenía advertido: Nadie retrocede, aguantamos, nadie cede. Y eso procuramos. A caballo, Juan Mogrovejo, el mismo Ginés y yo, presenciábamos con privilegio de jinetes su temor de ignorantes. Sin embargo, no corrieron idéntica suerte los de a pie, agobiados por la cercanía de sus figuras extrañas, tomando por escudos las grupas de nuestros animales. Por largo rato tuvimos el temor de que entrasen a arrasarnos; pero poco hubo de cierto en la revelación del atalaya: no abundaban las armas, pues eran familias de indios las que ocupaban la plaza, asistiendo a un evento y no a un enfrentamiento. Un momento de duda me llevó a pensar que no habría contienda. Cuán equivocado estaba viendo a ancianos ubicarse alrededor de nosotros, madres con sus niños no más lejos al igual que varones de traza más labriega que soldadesca. Cuán equivocado estaba. De un momento a otro, precipitados, ocuparon todos los rincones, respirando nuestro aire, sudando en nuestros cuerpos. Ya con los indios instalados y, al rato, nosotros repuestos, pude observar con calma a algunos de los que también me observaban; como en todo el recorrido desde Tierra Firme, tuve que darme con

seres pequeños, gruesos y oscuros... grotescos: Diferentes. Un tanto más lejos, a escasos diez metros de donde yo estaba y en la misma dirección, se ubicaban las tres literas presentándonos los rostros de sus señores, dos tras la más grande, la que portaba a quien creíamos un simple cacique, un gobernador impuesto, y no el dueño de un mundo distinto, el Inca. Colmó mi interés su porte, su mirada indiferente y el gesto que endurecía su semblante; pero no pude ocuparme más tiempo en contemplarlo, pues Ramiro requirió mi atención al distinguir entre la maraña de gente, el momento preciso en que surgía una Historia inédita.

—Joaquín, mira, allí va fray Valverde camino al cacique.

Fray Vicente de Valverde, seguido del lengua Martín, se apresuraba a llegar a los pies del Inca, los pies del Inca no es un decir, éste continuaba en lo alto, sentado sobre la fastuosa silla que coronaba el anda cargada por ochenta de sus mejor proporcionados hombres. Llegado hasta él, en su más correcto castellano, le habló:

—Dile al cacique que quiero dirigirle unas palabras.

El ladino en la mitad de su lengua le explicó que no era un cacique, padrecito. Es el Inca.

—Muy bien, el Inca, que más da, dile que le hablaré de algo muy importante.

La frase fue traducida con la torpeza de la avidez. El Inca, imperturbable, no evidenció la más remota curiosidad ni siquiera cuando el lengua en su turbación concluyó su pedido en castellano, regalando por vez primera y única dos palabras de exótico poder: Mi señor.

—Padrecito, dicho de piedras es lo de vostra mercé; pero yo hablaré. Diga, diga, numás.

—¿No le interesa?

—Su hijo del Sol es.

—¡El sol no tiene prole, muchacho, ni este salvaje es un dios! Ya es tiempo que lo vayas recordando. Ahora escúchame con atención: Cuanto yo diga, lo repetirás con absoluta fidelidad, Martinillo; pues las palabras que de ti escuchen, deben corresponder con exactitud a las que yo pronuncie. ¿Está claro?

—Como vuestros ojos, taitita.

Fray Valverde levantó el rostro buscando la mirada del Inca, quien no se molestó en regalarle ni un gesto; perplejo, pareció recordar que llevaba un breviario bajo el brazo y, apurado, lo tomó con ambas manos: era tiempo de culminar la señal de la cruz que minutos antes había interrumpido. Imponiéndose calma, se tragó su desaliento y comenzó:

—De parte del Emperador y Rey Carlos Quinto y de doña Juana, su madre, Reyes de Castilla, de León, de Aragón y de las dos Sicilias; de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo y de Valencia; de Galicia, de Mallorca, de Sevilla y de Cardena; de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén y de Gibraltar; de las Islas de Canarias, de Tierra Firme del mar océano y de estas Indias.

El Requerimiento, pensé en voz alta; mientras escuchaba hablar de Flandes y Barcelona, de Vizcaya y de Molina; mencionar el ducado de Atenas, Borgoña y Brabante; saber que mis Reyes poseían también el archiducado de Austria e, incluso, se hacían llamar domadores de gentes bárbaras aunque permanecieran entre platería y terciopelos al otro lado del Atlántico. De resultas que, nosotros, sus valerosos criados y el sacerdote en nombre de todos, traíamos la palabra de Dios omnipotente y eterno, Creador del cielo y de la Tierra, aunque ninguna palabra agregó sobre el oro de quimera que nos arrastraba día a día. Fray Valverde prosiguió fascinado, pues habló de Adán padre, de Jesús hijo resurrección, de Pedro piedra cristianismo y, al final, de la silla de Roma y sus dignidades enigmáticas. Lo singular fue enterarme por sus frases que los salvajes, además de enemigos, eran nuestros hermanos en la obra del Señor; enterarme que, siguiendo el ejemplo del Capitán General o los hidalgos, precisó, desde su herejía de barro le debían obediencia a la Corona y al Sumo Pontífice, y, por lo tanto, los invitaba a rendirse. ¡A rendirse! Nada más arriesgado, nada más peligroso, le confié a Gines ante el absurdo, a despecho de su espada; pero el Padre continuó: Le rogamos y requerimos entienda bien lo que estoy diciendo, que reconozca con los suyos, a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo; al Papa en su justa dimensión; a sus majestades, el Emperador y la Reina, como superiores, señores y reyes de las Indias y Tierra Firme en virtud

de la divina donación que hiciera, treinta y nuevos años hace, Alejandro Sexto de estos territorios, y así, consientan a los religiosos que junto a mí a estos lugares han venido, declarar y predicar la fe en Dios Todopoderoso, en Jesucristo, su único hijo, y en el Espíritu Santo. Si cumplen, actuarán conforme a lo que es desde ya su obligación. Sus altezas y nosotros en su nombre los recibiremos con todo amor y caridad, dejándoles sus mujeres, sus hijos y sus haciendas sin servidumbre, para que de ellos ustedes hagan libremente, a la vez que estarán listos para recibir la verdadera religión, se hagan cristianos y sean salvos en la fe católica, como lo han hecho casi todas las poblaciones que llevamos recorridas. Sus majestades por esto les concederán privilegios y excepciones, haciéndoles grandes mercedes; pero si no lo hicieran o en ello maliciosa dilación pusieran, les certifico que con la ayuda de Dios, Nuestro Señor, Creador del cielo y de la Tierra, entraremos poderosamente contra ustedes y les haremos guerra por todas partes y maneras que alcancemos, los sujetaremos al yugo de la Santa Iglesia Católica y de sus majestades, el Emperador y Rey Carlos Quinto y la Reina Juana, su madre, tomaremos vuestras personas y vuestras mujeres, tomaremos a sus hijos y los mantendremos cautivos hasta ofrecerlos a gentes de poder, también tomaremos sus bienes y haremos todos los perjuicios y daños que con la ayuda de Dios pudiéramos, tratándolos como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su Señor, que se resisten y le contradicen. Les protestamos que los muertos y destrozos que de esto ocurra, serán culpa vuestra y no de sus majestades y menos aún nuestra, puesto que serían ustedes los causantes de tamaña y muy posible desventura con su negativa a acatar lo que en buena disposición les manifestamos. Así quedan dichos y requeridos.

Descompuesto, con la mirada Martín interrogó al fraile. Eso es todo, agregó éste. El lengua se tomó su tiempo, sopesando con incredulidad cuanto diría. Finalmente levantó la vista y, contradiciendo inmemoriales edictos de su pueblo, buscó los ojos del Inca, imponente estatua a la cual se dirigió.

El Inca no parecía atender a las palabras cada vez más atropelladas que se atrevía a comunicarle un inferior, hasta que un

ininteligible punto de la letanía lo arrancó de su indiferencia. La furia se apoderó de su rostro mientras alzaba presuroso el brazo derecho, callando a Martinillo y a todo aquel que entre nosotros susurraba. Escupió tan sólo una frase de escasas palabras, sueltas para él o para su pueblo, ¿quién sabe?, luego de éstas, vacilante, el lengua prosiguió.

El rostro y la mirada del Inca, ya no estáticos, pudieron acercarnos sus pensamientos. Alterado, posó su vista sobre cada uno de los galpones, una a una observó las entradas, a cada uno de nosotros, al fraile, mas no se interesó en observar al lengua, ni siquiera cuando culminó.

—Me carcome el miedo, Joaquín.

—La cobardía también es de hombres, Ramiro.

—Nos van a matar, Joaquín.

—Lo sé, siempre lo supe... ¡Nos matarán Ginés!

—Fe, muchachos, fe.

El Inca por vez primera se alza en pie, estira inmensos los brazos, va a hablar, va a contestar. Imposible comprender a plenitud lo que dice; pero los gestos, los movimientos, el rostro, la voz en su tono más elevado, cual martillo sobre yunque, contundente, permite suponer lo que está diciendo. Señala uno a uno los galpones, señala y vocifera contra el que alberga al Capitán General, señala uno a uno los pórticos que ahora nos es tan difícil resguardar. Del primero al este señala a José de Trujillo; del segundo al este, señala a los hermanos Gálvez; con el último pórtico al este, no se fatiga en señalar a nadie; señala al primero del norte; al segundo; al que sigue; al nuestro, señala al nuestro, señala a Ginés, me señala a mí, vocifera con rigor, me señala a mí. ¿Por qué a mí? Señala el pórtico siguiente y, así, con cada uno. Tan evidente ahora todo, clama por tomar nuestras vidas, el rostro de Martinillo lo expresa con descaro. Estamos frente al demonio que nos quiere en sus infiernos, a gritos nos pide. Fue un exceso ese Requerimiento, cómo decirle que tomaremos sus mujeres, sus niños, sus haciendas, si no acata lo dicho y andarnos creyendo que saldremos con vida. Su rostro cada vez más encendido, sus pupilas encendidas, sus músculos cada vez más tensos, reclama, exige, ordena.

Cuando el Inca terminó, el lengua no mostraba ganas de continuar allí. Fray Vicente le obligó compostura un par de veces. Habla. ¿Qué quiere decir?, insistió. Martín observó con resignación al fraile y preguntó si de verdad el padrecito quería escucharlo. Por supuesto, Martinillo, habla.

Hablar, transmitir, traducir, padrecito. ¿Cómo explicar la cólera y el poder? ¿Cómo hablar del qué y el cuándo bajo sonidos extraños y pensamientos postizos? ¿Dónde rescatar la pregunta?, don fray Vicente de Valverde, futuro Obispo, futuro presente del medioevo de sangre y cruz. ¿Quiénes creen ser?, dijo el Inca, padre, eso dijo para el oído de quienes lleguen después a recoger las palabras que conserve el viento. Reconozca ahora en labios y emociones prestadas la rabia ajena, padrecito. ¿Quiénes, para venir a mis dominios, a mi mundo, a exigir? Atrevidos vienen a hablarle de frente al Inca, mirarlo a los ojos, hacerle escuchar palabras que no quiere oír, que no le interesan, palabras y exigencias que ningún Señor antes toleró. ¿Quién es ese necio llamado Seis, que regala lo que nunca le ha pertenecido? Estas tierras bajo mis pies forman un todo armónico con mi pueblo y si las tierras fueran suyas, suyo sería mi pueblo. ¿Cómo es esa verdadera religión que ofrece aniquilar a los míos? Mi padre el Sol no exige ni reclama muertes, se le ofrecen sacrificios; felices a congraciarse con la naturaleza, camino al mundo de abajo, van los elegidos.

Hablar, transmitir, traducir, padrecito. Aquél, a quien los de ayer insistieron en llamar Gobernador, devolverá todo lo robado y lo quiero ahora. Aquellos, uno a uno, pagarán por los ultrajes a mi pueblo, a la madre tierra. Palabra mala dijo sobre vostra mercé, padrecito, explicó Martín cogiendo con arrebató las manos del clérigo. Pagará por su atrevimiento de mirarle a los ojos y hablarle, entendió el sacerdote en su desconcierto. Todos, luego de mostrar su sumisión, morirán, comprendió el sacerdote en su ofuscación. Mi pueblo está en este lugar no para pelear, no hay necesidad, don Vicente, eso te dice, pero no confundas, no tropieces en palabras prestadas tu razón atenta. Ustedes ahora vendrán a devolver lo que nos pertenece y a rendir pleitesía al Señor del Tahuantinsuyu. Me hablan de un Emperador, la realeza que ustedes llaman ¿Dón-

de está? La realeza sólo puede entenderse con la realeza, no con el pueblo llano, no con los vasallos y menos aún con la inmundicia. Los vasallos están para aceptar lo que su Señor dice, sereno acata cualquiera la muerte, la vida, el castigo o el premio, da lo mismo si lo dicho fue palabra de su Señor. No estoy obligado a someterme a ningún capricho. ¿Cómo podrían obligarme? Soy el Inca y éste es mi pueblo, que con su sola presencia se los hace saber, cuando entre ustedes ni siquiera asoma una cabeza digna organizando cada una de sus desastrosas marchas. Verdadera fe. ¿Cómo, teniendo Padre Adán, Padre Dios y Padre Pontífice? Mi padre es el Sol y Viracocha es el gran hacedor, hacedor de todo lo que sus enturbiados ojos mal ven. Nunca un Inca ha sido forzado ni se le ha dicho qué hacer, pues hasta el alto padre celebra la audacia y la lucidez de esta investidura. Si nunca ha pasado, si no está en el pasado, no está en el presente y no estará en el futuro. Lo único que la memoria nos dice que ocurrirá, es que los otros, extranjeros e invasores, serán castigados y muertos, y eso les espera a ustedes, *sancasapas* inmundos. Así habló el Inca, padrecito, explicó Martín, un poco más alto en unos instantes, menos ridículo luego de improvisar un lenguaje.

—¿Tanto dice? Pues ésta es la palabra de Dios —clamó fray Valverde, acercando el breviario al cielo.

Aquello es palabra de Dios, de seguro en su lengua aseveró Martinillo.

El Inca, seducido, pues la palabra de un dios sí es atendible, pidió al acto el raro artilugio que en sus manos blandía aquel desubicado. Tomó con inusual delicadeza el libro y lo observó. Ésta es palabra de Dios, del lengua había escuchado. Palabra de Dios, seguro pensaba el Inca. Cogido el libro, lo sopesó, lo meció, con torpeza lo abrió, agitó sus hojas que luego con desazón corrió. Lo cerró, lo sacudió, fastidiado lo acercó al lado derecho de su rostro. Procurando mantener la calma, aguardó con paciencia a que la caracola de mar le hablase al oído. Nada. ¿Falsía? ¿Engaño? Templado lo movió, decepcionado lo acercó al lado izquierdo de su rostro, lo pegó a su oreja, incansable lo agitó, esperando acaso el trueno del silencio ante su furia. Nada. ¿Falsía? ¿Engaño? ¿Bur-

la? Encolerizado lo alejó de su rostro, lo más que pudo lo alejó de su cuerpo y, rabioso, lo rasgó en pedazos antes de enviarlo de un impulso al aire: hojas abiertas al viento, paloma muerta. Burla. Escándalo. Despedido, arrojado, convocado por la tierra madre, abriéndosele el paso en su trayectoria, pues nadie permitía ser rozado por un artillero que su Señor defenestró, cayó al suelo.

—La palabra... Este perro arrojó a nuestra Madre Iglesia al suelo. Capitán Pizarro, los Reyes del catolicismo, el Papa, Dios, yacen sobre tierra.

Gritando, corrió hacia el galpón principal fray Valverde.

—Se acabó, todo se acabó, Ramiro.

Francisco Pizarro esperó la cercanía de fray Valverde antes de precipitar la decisión; pero el fraile repitió, si no con exactitud, sí con la misma desazón las infaustas palabras. El Capitán le cogió de los hombros y preguntó: Estamos con Dios, Padre. Tanto como siempre lo has dicho, hijo, aseveró el religioso. Pizarro tomó distancia del galpón y forzando su voz, gritó: Mis hermanos, esa bestia, el demonio ha tirado la palabra de Dios y eso se paga. Nuestro patrono Santiago caerá sobre él por la gracia del Señor. ¡Santiago, Santiago a ellos!

Olor de rugidos puebla la colina del lado este. Uno, dos, tres... Rugidos de colmillos blancos y cuerpos de tonos ocre y siena expulsan con desfachatez su irritante ají quemado, penetrando los huesos de las piedras sin huesos, turbando la tierra y también el espíritu. Seis, siete, ocho... Rugidos que descienden, que sin premura se acercan. Felinos.

La bola de fuego se derrumba con violencia en la lejanía. La noche acecha extinguiendo las lenguas de fuego que pueblan el cielo de una Cajamarca sin dueño. Cercana la noche... cercana la penumbra.

¡Santiago!, se escuchó como grito unánime en la plaza.

Ginés de Carranza con premura hurgó en nosotros; pero yo estaba petrificado. Santiago, repitieron cada uno de los demás capitanes, yo seguía petrificado. Varios hombres de a caballo se dirigieron hacia el centro de la plaza, vi al Capitán General, raudo aventajarlos, yo confiaba en no moverme. Santiago a ellos, instigó

Ginés; pero él olvidaba que el pavor alcanza para empantanar voluntades tibias. Juan Mogrovejo también se condujo al centro de la plaza, siguiendo el atrevimiento de Ginés de Carranza, mientras yo no admitía dar un paso, ¿o, sí? Los de a pie se esparcieron en corro tomando el perímetro. Santiago a ellos, como grito de batalla enarbolaron; aunque Ramiro de Chaves permaneció a mi lado, confundido, aterrorizado como yo, estáticos sobre el umbral. Nos van a matar, me dijo entre balbuceos, ocultándome su rostro. A mí, no. Sí, Joaquín, estas bestias han venido a vengarse. Nos toman por banquete. ¿Banquete?... Yo no, le confié, inseguro de mi destino; pero convencido de mi decisión apresurada. Tanteando los primeros pasos, mi caballo consintió enrumbar en dirección contraria a la demandada por Dios Padre. Desde el pórtico, con su mirada Ramiro de Chaves escarbaba en mis movimientos. Ven conmigo, no vamos a morir, le pronostiqué. Luego de algunas vacilaciones, él se acercó unos metros hacia mí, estirando el brazo izquierdo que yo con el mío quise acoger; pero lo alzó en despedida, regalándome sólo un par de palabras que los tardíos estallidos de las armas de fuego no me dejaron escuchar. Tras él, un mar de indios que no percibía se le acercaban. Quise llevarlo conmigo; pero bajó el brazo dejándome un mohín por sonrisa y luego, la discreción de su espalda cuando la muchedumbre acertaba distancia con celeridad. No quedó más que azuzar al animal y galopar incansable al norte. Si bien huía, no sólo lo hacía por evitar caer en manos de los salvajes sino que, exigiendo las fuerzas, trataba de dejar atrás mi vergüenza, la que abrumaba mi convicción como un peso inflexible incrustándose sobre mis hombros.

Con la plaza atrás, fuertemente cogí la brida y espoleé al animal, mientras desde lejos llegaban los chillidos, los gritos, los rugidos; ningún esperanzador retumbe de pólvora ni campanas ni cencerros, sólo gritos y gargantas destempladas sacudían mis sentidos. La muerte es ineludible. ¿Dónde estás apóstol Santiago, otra matador de moros? ¿Dónde estás Dios Padre... Dónde? ¿Los dejas solos? Entregas sin más tu brazo terrenal a la muerte, regalándole al maligno el puñado de españoles que por fe en Ti en aque-

lla plaza están muriendo, reservándote el antojo de este único sobreviviente.

El terror que creyó irrepitible aquella tarde que se hacía noche, nuevamente lo abrumaba, pues una sensación semejante lo atrapó mientras ajustaba el arma a un lado de su rostro. Lo había encontrado, lo buscó tanto y lo había encontrado. Era él. ¿Quién más podría ser? Las parejas a su alrededor se alejaron de los asientos y, multiplicados sus reflejos, reinventando círculos sobre el imprevisto ruedo que habían formado, con incredulidad fijaron los ojos en el hombre a quien fueron a celebrar, al homenajearlo que alistaba el gatillo. Reflejado su semblante en cada uno de los espejos del gran salón, no pudo Joaquín Medina evitar ser seducido por su imagen repetida infinitas veces, enfrentadas así la real con la ficticia, como quien dice, el ahora y el antes, el aquí y el allá juntos, confundiendo a todos.

Detente, gritó Josefina a secas; pero para él ya no había marcha atrás, la decisión fue tomada aquella noche que obstinada dejó de ser tarde: No pararía hasta encontrarlo y encontrarlo suponía acabar con él. Catalina escapó de la inacción y rota en llanto se precipitó hacia Joaquín, deshaciendo el corro estupefacto. Tarde, llegó tarde. Cuando una serpiente, insaciable, devora a un pajarillo, los otros, los que podríamos llamar parientes, amigos y conocidos, forman un círculo alrededor; desesperados pero inútiles, aceptan observar el repetitivo proceder de la naturaleza. Catalina quiso ser el pajarillo transgresor, empeñada en contener lo inevitable; pudo lograrlo antes tantas veces, si por lo menos hubiera permitido a su intuición destaparle alguna certeza durante las dos semanas que llevaban viviendo juntos; pero tarde, llegó tarde. Tan tarde como Santiago Calderón, próximo Presidente de la República, quien tras un portazo, con seis papeles concluyentes en mano, altivo blandiéndolos para distraer lo impropio de su presencia, pretendió desbaratar los motivos de una reunión de prohombres ya deshecha.

Joaquín Medina necesitó un instante para dejar salir la bala del percutor. En los diez segundos de conciencia que los galenos afirman quedarnos al llegar la muerte, pudo sentir cómo la bala

desgarró su piel, perforando el hueso del cráneo, haciendo añicos sus costuras: todo sería consumado, la muerte ya lo requería. La bala entró sin dificultad a su cerebro, destrozándolo sin que él ya pueda darse cuenta. Extinguida su conciencia antes de los diez segundos que prescriben los médicos, no pudo saber que su corazón siguió latiendo, no resistente, tan sólo humano; despidiéndose de quien quisiera aceptar su despedida con pulsaciones cada cual más espaciada, cada cual más imperceptible; despidiéndose de aquellos a quien la vida o lo que en él pudo valorarse como vida, le permitió conocer. Lo encontró, porque es al final donde todo se encuentra. La cabeza brutalmente destrozada nunca permitirá afirmar sobre su rostro imposible, como diría el atento poeta: *qué última palabra / queda fijada para siempre en la boca abierta y muerta del macho. / Nosotros no debemos negar la posibilidad de una palabra de agradecimiento.*